

Fundamentos

Mariano Anós



Decía un día de estos el ministro Wert que el trabajo de los creadores es, hoy más que nunca, en tiempo de crisis, fundamental. Ah, y que hay que ensalzar su labor. Señor ministro, mejor no nos ensalce y una de dos: o cállese o actúe de acuerdo con sus palabras. Las palabras son artefactos curiosos. Son gratis pero sus consecuencias salen carísimas. Para algunos.

Estamos tan acostumbrados a las mentiras que ya parece que forman parte imprescindible del sistema en el que vamos viviendo. La llamada crisis las atrae probablemente más que nunca. Declarar solemnemente que algo, lo que sea, es fundamental, debería significar que es necesario cuidar su solidez, como cimiento o fundamento de un edificio social. ¿Es la cultura en efecto una base o fundamento de convivencia civilizada?

Es fácil declarar que sí. No es fácil actuar en consecuencia. Desde una responsabilidad pública, no se puede calificar sino de escandaloso que al amparo de mantras sedantes se ejecute un plan de desmantela-

miento sistemático de los recursos culturales. Con el señuelo de una delirante confianza en las virtudes del mecenazgo privado, el ya precario tejido de instituciones culturales se está sometiendo no ya a una poda sino a una verdadera tala.

Tanto si miramos a las artes escénicas como a las artes visuales como al libro como a la ciencia, como a cualquiera en fin de los sectores de trabajo cultural en los que nuestro país arrastra un retraso de muchas décadas, lo que vemos es lo mismo. No sólo, aunque también, en términos de puestos de trabajo, sino en términos de impregnación social.

Era de buen tono que las señoritas de buena familia entretuvieran su ocio tocando nocturnos de Chopin. Las visitas aplaudían cortésmente. Era de buen tono dejarse ver de tanto en tanto en un palco del teatro. Los trabajadores ya tenían bastante con dormir un poco para aguantar las jornadas de trabajo. Alguna verbena, algún desahogo ocasional para aliviar el peso de la vida.

Hubo un tiempo en que las luchas obreras consiguieron algunas mejoras en las condiciones de trabajo que permitieron liberar algún tiempo para vivir. La reivindicación de una cultura democrática empezó a formar parte de las aspiraciones de liberación. No hace falta mucha memoria histórica para recordar las consecuencias del alzamiento fascista en España. La cultura, para los facciosos, se convirtió desde el principio en enemiga a batir.

Con los últimos años de la dictadura, los movimientos de emancipación volvieron a enarbolar la cultura como derecho universal. El PCE puso en circulación la consigna de la “alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura”. Los incipientes sindicatos de clase dedicaron grandes esfuerzos a impregnar las movilizaciones de contenidos culturales, favoreciendo un asociacionismo combativo codo con codo con artistas e intelectuales.

“ Declarar solemnemente que algo, lo que sea, es fundamental, debería significar que es necesario cuidar su solidez. ”

En la memoria histórica de la derecha queda aquella época como una incómoda excepción al “curso natural” de las cosas. Conscientes de que no estaría bien visto llamar por su nombre a sus políticas de acoso y derribo, sus intelectuales de cabecera han refinado cada vez más sus disfraces para hacer pasar los ataques a lo público por conquistas de la libertad, encomendándose piadosamente a San Reagan, Santa Thatcher, San Friedman o quien haga falta para quedar fino.

¿Qué es un ser humano privado de relación con la cultura? Cito de un reciente artículo de Víctor Gómez Pin (*El País*, 20 de marzo):

Esa disposición de espíritu que conduce al arte, a la ciencia y a la filosofía es algo de lo que nadie puede hallarse radicalmente privado sin verse amenazado en su humanidad. (...)El tiránico orden social que posibilita tal cosa no es in-humano (sólo los humanos son susceptibles de forjar prisiones físicas o espirituales) sino literalmente des-humanizador, una máquina para impedir que los humanos seamos cabalmente tales.

“ Lo que con cierta ambigüedad llamamos cultura es a fin de cuentas la posibilidad misma de una socialidad fértil. ”

Fundamento radical de lo propiamente humano, lo que con cierta ambigüedad llamamos cultura es a fin de cuentas la posibilidad misma de una *socialidad* fértil, es decir no naufragada en “las heladas aguas del cálculo egoísta”, como dijo Marx en un momento de arrebatos líricos. Ya no existe siquiera la adoración del becerro de oro, que aún podía conservar algo de prestigio mítico y algo de circulación de mano en mano. El casino global desmaterializado no es ya otra cosa que el ejercicio desnudo y abstracto del poder, el poder de condenar al hambre a continentes enteros con un golpe de ratón.

Hay quienes pueden pensar que en la situación actual de paro, miseria y desesperación de millones de personas la defensa de la cultura es una frivolidad. De eso nada. Es fundamental, señor ministro. Sí. Es fundamental seguir luchando por convencer de la urgencia de impedir el ataque brutal de que están siendo objeto los fundamentos de lo que pueda llamarse una vida propiamente humana.